

## **CONDUCTISMO PSICOLÓGICO Y CONDUCTISMO SEMÁNTICO†**

VALERIANO IRANZO GARCÍA

En las páginas que siguen pretendo precisar cuál es el sentido del conductismo en la obra de Quine. Durante muchos años Quine ha estado defendiendo una concepción disposicionalista de la mente, lo que, de acuerdo con su manera de entender las disposiciones, lleva a un eliminacionismo de lo mental. Además, sus hipótesis sobre el aprendizaje del lenguaje y la psicogénesis de la referencia se encuadran en un marco conductista donde nociones como estímulo, refuerzo y condicionamiento juegan un papel decisivo. Por otro lado, a la dificultad de sostener una teoría científica moribunda como el conductismo se añade otro problema peculiar a la filosofía quineana, a saber, ¿cómo conjugar el conductismo con el programa de la naturalización de la epistemología? Y es que una de las consecuencias más destacables de la naturalización, tal como Quine la entiende, es que la última palabra sobre la justificación de métodos y teorías científicas la tiene la propia comunidad científica, por tanto, no parece muy consecuente con la naturalización defender una teoría psicológica ya descartada por la práctica totalidad de especialistas.

Sin embargo, creo que actualmente Quine no entiende por conductismo una teoría psicológica basada en el esquema estímulo/respuesta que rehúye entrar en "la caja negra", e incluso considera que el conductismo es compatible con la postulación de entidades mentales que no son reductibles por completo a procesos conductuales o neurofisiológicos. Como trataré de explicar, la idea de Quine es que en psicología podemos rechazar el conductismo pero en semántica no, porque para elaborar una teoría del significado no hay más

---

† Deseo expresar mi agradecimiento al profesor Roger Gibson (Washington University), cuyas sugerencias me llevaron a escribir este artículo en septiembre de 1990.



alternativa que el conductismo. Para finalizar el artículo comentaré brevemente las raíces de este “conductismo semántico” y plantearé algunas cuestiones sobre el supuesto conflicto entre el conductismo y la naturalización de la epistemología.

## 1

La concepción disposicionalista del lenguaje se extiende prácticamente a lo largo de toda la obra de Quine. Los dos primeros capítulos de *Word and Object*, “Ontological Relativity” y “Propositional Objects” (ambos incluidos en *Ontological Relativity and Other Essays*), *The Roots of Reference* y, por último, “Mind and Verbal Dispositions”, son posiblemente los textos más representativos a este respecto. El disposicionalismo lingüístico sostiene que el lenguaje es un conjunto de disposiciones a la acción. Cuando llaman a la puerta y pregunto “¿quién es?”, cuando recrimino a un conductor temerario o a un espectador ruidoso, cuando describo el paisaje o mi estado de ánimo, lo que ocurre en todas estas situaciones es que la presencia de ciertos estímulos desencadenantes provoca la actualización de disposiciones, esto es, provoca mi conducta verbal.

Visto así, el comportamiento verbal no es muy distinto al “comportamiento” de un terrón de sal cuando lo sumergo en agua o al de un cristal cuando lo golpeo con un martillo, pues la solubilidad y la fragilidad también son disposiciones que se actualizan en determinadas circunstancias. En cualquier caso, las disposiciones *son* rasgos estructurales de las entidades que las poseen y, de igual modo que la solubilidad puede explicarse en base a la estructura físicoquímica de una sustancia, Quine considera que toda disposición conductual, entre las que incluye a las disposiciones verbales, debe ser explicable por una determinada conformación neurofisiológica: “To cite a behavioral disposition is to posit an unexplained neural mechanism, and such posits should be made in the hope of their submitting some day to a physical explanation.”<sup>1</sup> Además, el hecho de que nos sea bastante más difícil precisar con exactitud cuál es dicha conformación en el caso de las disposiciones humanas a la conducta verbal, frente a las disposiciones de las sustancias y los objetos inanimados, no es un argumento suficiente para descalificar esta

---

<sup>1</sup> W. V. Quine, “Mind and Verbal Dispositions”, en *Mind and Language*, editado por S. Guttenplan (Oxford: Clarendon Press, 1975), p. 95.



interpretación materialista de las disposiciones, sino que constituye más bien un acicate para desarrollar la investigación según estas líneas. En "Mind and Verbal Dispositions" ya no sólo el lenguaje sino la mente se entiende como un complejo de disposiciones conductuales: "I would not identify mind quite wholly with verbal disposition; with Ryle and Sellars I would identify it with behavioural disposition, and *mostly* verbal".<sup>2</sup> Quine argumenta en dicho artículo que, puesto que los predicados mentalistas serían reducibles a predicados físicos (no sin pasar antes por el nivel de descripción conductual), la postura más conveniente es el eliminacionismo respecto a lo mental. Los predicados mentales son equivalentes a predicados físicos, por eso, según Quine, la reducción lleva a la eliminación; de hecho, él cree que la tesis de la identidad psicofísica ("los estados mentales son estados físicos") lleva a la eliminación de lo mental:

We can imagine someone appealing to the identity theory to excuse his own free and uncritical recourse to mentalistic semantics. We can imagine him pleading that it is after all just a matter of physiology, even if no one knows quite how. This would be a sad irony indeed, and the repudiation theory has the virtue, over the identity theory, of precluding it.<sup>3</sup>

La mente, propiamente hablando, no existe; todo lo que hay son disposiciones que provocan conductas, esto es, estructuras neurofisiológicas que causan movimientos corporales. Desde luego que se puede defender que los estados mentales son estados físicos y no por ello comprometerse con una teoría de la identidad psicofísica ni con un eliminacionismo de lo mental. Ahí está el funcionalismo: un funcionalista admite que los estados mentales son estados físicos pero no piensa que pueda eliminarse lo mental porque al mismo predicado mental le pueden corresponder un número indefinido de predicados o, con terminología más moderna, el mismo sistema intencional puede ser realizado en infinidad de sistemas físicos. Pero lo que quiero resaltar precisamente es que en esta época para Quine no hay vía intermedia, una de las cuales es

---

<sup>2</sup> Ibid., p. 94.

<sup>3</sup> Ibid., p. 95.



el funcionalismo, entre un mentalismo duro y un fisicalismo eliminacionista.<sup>4</sup>

Retomando la concepción disposicional del lenguaje, las disposiciones verbales, obviamente, no son innatas, deben ser aprendidas laboriosamente durante los primeros años de nuestra vida. También respecto a la adquisición del lenguaje Quine manifiesta su simpatía por un enfoque conductista, de ahí sus alusiones a un mecanismo de aprendizaje especialmente caro para el psicólogo conductista: el condicionamiento. No tiene mucho sentido discutir los diferentes tipos de condicionamiento que han requerido la atención de los psicólogos desde las primeras investigaciones de Pavlov con el fin de clasificar entre ellos el condicionamiento quineano, ya que Quine lo caracteriza con unos trazos bastante gruesos. No obstante, para darse cuenta de la importancia del condicionamiento basta con la siguiente definición de lenguaje extraída de *Word and Object*: "The theory as a whole [...] is a fabric of sentences variously associated to one another and to non-verbal stimuli by the mechanism of conditioned response."<sup>5</sup> Es decir, el conglomerado lenguaje/teoría es un conjunto de asociaciones intralingüísticas (entre oraciones) y extralingüísticas (entre oraciones y estímulos no verbales) establecidas mediante el mecanismo del condicionamiento de respuestas.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Actualmente Quine no cree en la posibilidad de identificar estados mentales con estados físicos, aunque ello no implica la existencia de una sustancia mental. En "States of Mind" [*Journal of Philosophy*, 82: 5-8 (1985)] Quine admite que, aunque los estados mentales son estados físicos, no hay ninguna presunción de que el lenguaje mentalista pueda ser traducido a términos neurológicos a pesar de que los mecanismos neurofisiológicos fueran conocidos al detalle. En este sentido el lenguaje mentalista es ineliminable. Otra cosa es la conveniencia de incluir verbos de actitud proposicional en el lenguaje científico, punto en el que Quine se muestra más reticente, aunque no descarta la utilidad de recurrir a contextos intensionales en ciertas circunstancias (v. *Pursuit of Truth*, ref. 26, sección 29)

<sup>5</sup> W. V. Quine, *Word and Object* (Cambridge, MA.: MIT Press, 1960), p. 11.

<sup>6</sup> Aludo a un conglomerado de lenguaje y teoría porque para Quine aprender un lenguaje no consiste en aprender las estructuras gramaticales como si fueran un molde formal, independiente de lo que la comunidad lingüística considera verdadero o falso. Quine piensa que aprender un lenguaje es aprender las condiciones de verdad de oraciones, y en este sentido, la adquisición del lenguaje corre pareja de la elaboración de una "teoría" acerca de la realidad: "First and last, in learning language, we are learning how to distribute truth values...; we are learning truth conditions", *The Roots of Reference*, (La Salle, IL.: Open Court, 1974), p. 65. V. también "Reply to Chomsky", en *Words and Objections: Essays on the Work of W. V. Quine*, editado por D. Davidson y J. Hintikka (Dordrecht: D. Reidel, 1969), espec. pp. 308-11.



En consonancia con estos dos tipos de asociaciones, Quine distingue dos modos de aprender oraciones, a saber, condicionamiento por ostensión y síntesis analógica, definidos respectivamente como sigue: "(1) learning sentences as wholes by a direct conditioning of them to appropriate non-verbal stimulations, and (2) producing further sentences from the foregoing ones by analogical substitution".<sup>7</sup> El condicionamiento por ostensión establece una asociación directa entre una cadena de sonidos y una situación estimulativa. Su función es anclar el lenguaje en la experiencia prelingüística y por ello precisamente constituye la fase inicial en el aprendizaje del lenguaje. En esencia es un proceso muy simple. Pensemos en una situación prototípica al comienzo del aprendizaje: un niño pequeño emitiendo balbuceos sin ningún significado. En propiedad todavía no cabe hablar de conducta verbal, incluso aunque en ocasiones y sin darse cuenta imite preferencias oídas a los adultos, porque el niño todavía no ha aprendido los criterios de corrección que rigen su uso; sin embargo, los padres tienen la oportunidad de *reforzar* esta conducta cuando les parezca adecuada de modo que el niño llegue a aprender cuáles son tales criterios. Así, supongamos que el niño está frente a una pelota de color rojo. La madre, que está a su lado, observa que el niño está en una situación en la que ella misma asentiría a "¿Rojo?", es decir, en esta situación el estímulo rojo es lo bastante dominante como para que no pueda pasar desapercibido al niño. Si ahora el niño dice "Rojo", bien espontáneamente, bien inducido por la madre, ésta reforzará su conducta gratificándolo de algún modo, mientras que si su balbuceo no guarda el más mínimo parecido con "Rojo", la madre hará algo que el niño pueda interpretar como una reacción de desaprobación. A partir de aquí el niño extrapola semejanzas entre distintos episodios de acuerdo con sus patrones de semejanza perceptual. Así, en otra ocasión, ante un juguete rojo es probable que vuelva a decir "Rojo", con lo que volverá a ser recompensado reforzándose de paso la asociación entre "Rojo" y un determinado tipo de sensaciones.<sup>8</sup> Al cabo de varios ensayos podremos decir que hemos creado una disposición conductual, una disposición a comportarse verbalmente de determinada manera frente a cierto tipo de estimulaciones.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> *Word and Object*, p. 9.

<sup>8</sup> *The Roots of Reference*, p. 29.

<sup>9</sup> Aunque parezca lo contrario a tenor del ejemplo que he puesto, lo que el niño aprende en primer lugar son oraciones, no términos. En el proceso de adquisición del



Pero, como he dicho antes, existe otro modo de aprender oraciones: la analogía, la cual posibilita el aprendizaje de oraciones a partir del aprendizaje de alguna de sus partes. En este caso la asociación no se produce directamente entre las situaciones estimulativas y las oraciones, como en el condicionamiento directo u holofrástico, sino que otros elementos lingüísticos actúan de mediadores. Quine da el siguiente ejemplo de síntesis analógica: un niño condicionado directamente (holofrásticamente) al uso correcto de "Pie", "Mano" y "Me-Duele-El-Pie" puede construir por analogía la oración "Me-Duele-La-Mano". Así se elabora una oración nueva con materiales antiguos y puede explicarse el hecho de que cuando el niño sienta el dolor emplee una oración que jamás ha oído. No obstante, Quine reconoce que el ejemplo no hace justicia a la complejidad de nuestro lenguaje porque mediante este tipo de analogías no podríamos despegarnos lo suficiente del nivel observacional:

The sentences afforded by mode (1) [condicionamiento directo] are such that each has its particular range of admissible stimulatory occasions, independently of wider context. The sentences added by (2) [síntesis analógica] are more of the same sort—learned faster thanks to (2), but no less capable of being learned in mode (1). Speech thus confined would be strikingly like bare reporting of sense data.<sup>10</sup>

Desde luego, si lo único que llevamos en las alforjas es el condicionamiento directo no podremos llegar muy lejos. El complejo entramado de asociaciones intralingüísticas —denominado por Quine en *Word and Object* "the interanimation of sentences"—no puede ser urdido sin procedimientos adicionales al condicionamiento holofrástico, ya que

---

lenguaje, el uso de términos es una fase posterior que supone la familiarización con el aparato referencializador (marcadores de plural, artículos, deícticos, numerales, cláusulas de relativo, etc.). Puesto que al principio el niño no conoce todavía las estructuras gramaticales referencializadoras (u objetivadoras), no puede emplear términos que refieran en un sentido estricto a objetos del mundo. Su experiencia es preobjetiva, lo único que puede hacer es *señalar* un acontecimiento en su campo visual, de modo similar a lo que hacemos los adultos cuando decimos "está lloviendo". Por tanto, a pesar de que el niño emplee las mismas palabras que su madre —"Rojo" o "Conejo", por ejemplo— no podemos decir que refiera a algo, de hecho, el paso del habla infantil al lenguaje adulto puede sintetizarse como el paso *del responder al referir*. (Cf. *The Roots of Reference*, donde se encuentra el análisis más detallado que Quine ha ofrecido del aprendizaje del lenguaje).

<sup>10</sup> *Word and Object*, p. 9.



éste sólo sirve para conectar oraciones con estímulos no verbales. Por ello Quine introduce la síntesis analógica. Pero aunque su ejemplo de síntesis analógica, que podríamos denominar con más precisión "analogía sustitucional", permite asociar oraciones con otras oraciones, Quine reconoce que su alcance es muy restringido pues en realidad no es más que una manera de acelerar el aprendizaje de oraciones que podrían ser aprendidas por condicionamiento directo. Volviendo al ejemplo, si un hablante puede aprender "Me-Duele-El-Pie" por condicionamiento directo, es decir, si puede aprender a discriminar aquellas situaciones en las que la oración es verdadera y aquellas en las que no lo es (tal y como aprende "Rojo"), no tendrá ningún problema para aprender del mismo modo la oración "Me-Duele-La-Mano". El ejemplo de la analogía por sustitución muestra cómo se aprende una oración nueva a partir de la asociación entre oraciones previamente conocidas y en las que aparecen partes de la oración nueva: sin embargo, las asociaciones entre oraciones son, de hecho, más complejas de lo que la analogía por sustitución sugiere. Veámoslo con otro ejemplo del propio Quine.

Imaginemos un químico que mezcla los contenidos de dos tubos de ensayo, observa una tonalidad verde y dice "había cobre". Aunque la oración es *elicitada* ante una estimulación no verbal, como en el caso de la asociación holofrástica y la analogía por sustitución, que el estímulo no verbal pueda provocar tal respuesta se debe a la existencia de complejas asociaciones entre oraciones que están muy alejadas de la observación. Este ejemplo muestra cómo en el funcionamiento ordinario de nuestro lenguaje son involucradas asociaciones interverbales que no mantienen una conexión tan explícita con la observación como el ejemplo del niño que aprende la oración "Me-Duele-La-Mano" a partir de "Pie", "Mano" y "Me-Duele-El-Pie", por lo que Quine considera que son requeridas otro tipo de asociaciones intralingüísticas: "Further interverbal associations are required which provide for the use of new sentences without tying them, even derivatively, to any fixed ranges of non-verbal stimuli."<sup>11</sup> Ciertamente, la analogía por sustitución depende en gran parte de la familiarización previa con oraciones que mantienen una conexión directa con la estimulación no verbal, de ahí precisamente su insuficiencia para explicar la intrincada maraña de asociaciones intralingüísticas que subyace a nuestra conducta verbal.

---

<sup>11</sup> Ibid., p. 10.



Por consiguiente, la analogía por sustitución sólo es un tipo de síntesis analógica pero debe haber otras clases de analogía que produzcan asociaciones puramente interverbales, esto es, asociaciones generadas sin que el procedimiento descansa ni siquiera derivativamente en la estimulación no verbal. Si los únicos mecanismos implicados en el aprendizaje del lenguaje fueran meros registradores de datos no podríamos más que repetir preferencias ante estimulaciones similares, pero nuestro comportamiento verbal es algo más que eso. Quine piensa que el lenguaje está subdeterminado observacionalmente y que es necesario un modo de aprendizaje más flexible que el condicionamiento holofrástico para dar cuenta de los aspectos creativos del lenguaje. La síntesis analógica va destinada a cumplir esta función, sin embargo, en *Word and Object* Quine no da el menor atisbo de lo que puede ser una analogía no sustitucional. Años después Quine dedicó un libro entero a la adquisición del lenguaje, *The Roots of Reference*, donde la analogía desempeñaba un papel importante, ya que gracias a ella el niño podía incrementar su repertorio de construcciones gramaticales conjeturando pequeñas modificaciones sobre las ya conocidas.<sup>12</sup> No obstante, no creo que *The Roots of Reference* suponga una clarificación de la noción de analogía respecto a lo dicho en *Word and Object*. Quine pone ejemplos de "saltos analógicos" pero ello apenas contribuye a esclarecer la naturaleza de la analogía, su funcionamiento y sus factores desencadenantes, y tampoco disipa la sospecha de que la analogía introduce un elemento extraño en el modelo conductista del aprendizaje del lenguaje, difícil de encajar en el esquema estímulo/respuesta.

En su polémica con Chomsky, iniciada antes de la aparición de *The Roots of Reference*, Quine ya había reconocido que el aprendizaje del lenguaje no puede ser explicado únicamente apelando a los procesos de refuerzo o extinción de respuestas y que el equipamiento innato del sujeto va más allá de lo necesario para el funcionamiento del condicionamiento: "It may well turn out that processes are involved that are very unlike the

---

<sup>12</sup> "The child learns this apparatus [the referential apparatus] by somehow getting a tentative and faulty command of a couple of its component devices, through imitation or analogy perhaps, and then correcting one against the other, and both against the continuing barrage of adult precept and example, and going on in this way until he has a working system meeting social standards." *The Roots of Reference*, p. 84 (v. espec. secciones 23 a 26).



classical process of reinforcement and extinction of responses.”<sup>13</sup> Pero Quine piensa que esto no implica un rechazo del conductismo por su parte. A pesar de tales concesiones (aumento del componente innato, insuficiencia del esquema estímulo/respuesta,...) él sigue autocalificándose de conductista y considera que quien piense que este calificativo ya no es acertado está interpretando el término “conductismo” en un sentido demasiado restringido: “This would be no refutation of behaviorism, in a philosophically significant sense of the term; for I see no interest in restricting the term ‘behaviorism’ to a specific psychological schematism of conditioned response”.<sup>14</sup>

Esta es una situación un tanto curiosa pues un conductista ortodoxo — Skinner, por ejemplo— seguramente no vería con buenos ojos la condescendencia de Quine respecto al innatismo y a procesos de aprendizaje no reducibles al mecanismo estímulo-respuesta. Lo que ocurre es que Quine emplea el término “conductismo” en un sentido peculiar. Para él el conductismo no consiste en aferrarse al modelo estímulo-respuesta como la única clave explicativa del aprendizaje, conductismo es “the insistence in couching all criteria in observation terms”.<sup>15</sup> Visto así, el conductismo es un desideratum metodológico que no presupone un compromiso con la hipótesis lockeana de la “tabula rasa” ni con una explicación del aprendizaje basada en la asociación de pares estímulo/respuesta. Lo que Quine exige es que los criterios científicos sean, en último término, criterios observacionales, y reconoce que no tendría inconveniente en prescindir de la palabra “conductismo” y quedarse simplemente con “empirismo” si no fuera porque “conductismo” sugiere de un modo más fuerte la externalización de la evidencia, de hecho, el empirismo ha sido entendido en ocasiones de un modo mentalista, recuérdese el empirismo fenomenalista británico.

Según la acepción quineana, por tanto, el calificativo “conductista” refiere a una versión local del empirismo, en concreto, se trata del empirismo en el campo de la psicología y la lingüística, y consiste en la exigencia de que también aquí hemos de buscar la evidencia en la información aportada por nuestros receptores sensoriales porque no hay

---

<sup>13</sup> W.V. Quine, “Linguistics and Philosophy”, en *Innate Ideas*, editado por S. Stich (Berkeley: Univ. of California Press, 1975), p. 200. V. también “Philosophical Progress in Language Theory”, *Metaphilosophy*, 1: 2-19 (1970).

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 201.



más evidencia que ésa. Los criterios para atribuir la posesión de lenguaje, el significado de un mensaje, son cuestiones que deben ser replanteadas en términos de consecuencias conductuales observables y no apelando a la introspección o a la postulación de entidades compartidas por todos los hablantes. El conductismo así entendido se opone primariamente a una concepción internalista de la evidencia que separaría la psicología y la lingüística como un terreno especial de la ciencia donde el investigador tiene que vérselas con una evidencia de naturaleza distinta a la del físico o el geólogo. Así pues, el conductismo no es tanto un cuerpo sustantivo de la teoría psicológica sino más bien un supuesto metodológico que constriñe a toda disciplina científica, de modo que para Quine "conductismo" y "empirismo externalizado" son expresiones equivalentes.

Hasta ahora hemos visto, pues, dos acepciones del término "conductismo" que coexisten en la obra de Quine. Una restringida, que *identifica* la mente con las disposiciones conductuales y pretende explicar el comportamiento verbal por el condicionamiento y el establecimiento de pares estímulo/respuesta; la otra, más amplia, que identifica conductismo con la búsqueda de evidencia observacional. Nótese que ni son opciones excluyentes, ni son inseparables, ya que los psicólogos conductistas se han autodenominado empiristas, y tampoco sería difícil encontrar psicólogos no conductistas que se reclaman empiristas en la medida en que consideran innegociable la cuestión del control empírico de las hipótesis. Precisamente por esta razón me parece que la acepción amplia de conductismo a la que Quine se refiere es poco interesante. Quiero decir que si cuando Quine se autoproclama conductista se refiere únicamente a algo así como que nuestras hipótesis en psicología y en lingüística han de venir avaladas por una evidencia de naturaleza sensorial, tal acepción de conductismo es, sencillamente, trivial. Si eso es lo que significa conductismo, creo que ni siquiera Chomsky pondría reparos a ser tachado de conductista. Pero, a pesar de ciertas reticencias de Quine respecto al conductismo ortodoxo, parece bastante claro, a poco que se reflexione sobre tópicos como la indeterminación de la traducción, que en la posición quineana subsiste un componente conductista bastante más fuerte que no me parece trivial. A continuación intentaré mostrar qué es lo que queda de conductismo no trivial en la posición de Quine, para lo cual recurriré a la distinción entre conductismo psicológico y conductismo semántico. Comenzaré planteando un problema al que ya aludí al comienzo del artículo: la compatibilidad entre el conductismo y la naturalización de la epistemología.



Seguramente uno de los puntos más criticados a Quine ha sido su compromiso con el conductismo. Y es que, aparte de las dificultades internas al paradigma conductista, eclipsado actualmente en favor de los enfoques cognitivistas, Quine tiene que vérselas con otra cuestión no menos crucial en el contexto de filosofía: la posible incompatibilidad entre el conductismo y la naturalización de la epistemología. Puesto que la idea básica del giro naturalista quineano es la asunción de la mayoría de edad por parte de la ciencia, esto es, el reconocimiento de que la ciencia no necesita la tutela de la epistemología, de la filosofía en general, o de cualquier otro saber supracientífico,<sup>16</sup> lo más lógico entonces sería dejar que la comunidad científica decidiera por si misma qué programas de investigación juzga conveniente desarrollar. Sin embargo, ¿acaso el compromiso quineano con el conductismo no es sino un intento de mantener una teoría a la que la propia ciencia ha dado la espalda y cuya pervivencia, por tanto, debe justificarse mediante razones no científicas — en el sentido de “no aceptadas por la comunidad científica actual”—? De ser así, Quine estaría en una posición incómoda, dada la dificultad en conciliar conductismo y naturalización. Con otras palabras, esta objeción a Quine vendría a señalar que ser consciente de la naturalización conlleva una actitud receptiva respecto al estado de conocimientos de la ciencia en curso que parece incompatible con la reivindicación de una teoría tan desprestigiada hoy día como es el conductismo.

Sin embargo, si atendemos a las últimas consideraciones de Quine al respecto creo que él no apostaría tan fuerte a favor de un conductismo que prohíbe la menor alusión a procesos internos. No es que Quine se haya pronunciado como un entusiasta de los enfoques cognitivos, pero sí que se muestra más tolerante sobre la postulación de estados mentales y reconoce que la identificación de la mente con un conjunto de disposiciones no es la única posibilidad. Las dos citas que siguen ilustran

---

<sup>16</sup> Selecciono dos definiciones: "...naturalism: the recognition that it is within science itself, and not in some prior philosophy, that reality is to be identified and described."; "...naturalism: abandonment of the goal of a first philosophy. It sees natural science as an inquiry into reality, fallible and corrigible but not answerable to any suprascientific tribunal, and not in need of any justification beyond observation and the hypothetico-deductive method". W.V. Quine, *Theories and Things*, (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981) pp. 21 y 72 respectivamente.



claramente este cambio de actitud. La primera de ella pertenece a *The Roots of Reference*; la segunda forma parte de una réplica de nuestro autor a un artículo de Dagfinn Føllesdal en uno de los últimos congresos sobre la filosofía quineana:

Mentalism, supernaturalism, and other unwholesome cultures thrive in dark places.<sup>17</sup>

Dagfinn Føllesdal writes tolerantly of a possible theory of mental states dissociated from language. It is an interesting angle, since the motive for positing the mental has been so largely that of explaining meaning. I look forward to further steps.<sup>18</sup>

Quince años, proximadamente, separan ambas citas. Si las comparamos parece que los escrúpulos de Quine respecto al mentalismo implícito en la psicología cognitiva han remitido considerablemente, de modo que no resulta muy apropiado tildarlo de conductista si con ello se alude a un antimentalismo radical a la hora de hacer psicología.<sup>19</sup> La justificación que da Quine de este cambio de actitud reside, en último

---

<sup>17</sup> *The Roots of Reference*, p. 36.

<sup>18</sup> W. V. Quine, "Comment on Føllesdal", en *Perspectives on Quine*, editado por R.B. Barret y R. Gibson (Oxford: Blackwell, 1990), p. 110. El artículo de Føllesdal al que se refiere Quine se titula "Indeterminacy and Mental States" y está incluido en el mismo volumen (pp. 98-109)

<sup>19</sup> Un par de meses después de escribir el presente artículo, en noviembre de 1990, tuve ocasión de hablar de todo esto con el profesor Quine —y también con el profesor Dagfinn Føllesdal— en un congreso celebrado en Gerona en honor de aquél. Allí pude apreciar que la actitud expectante que aquí atribuyo a Quine respecto a los desarrollos mentalistas de la psicología actual, ha de tomarse con muchas precauciones y no está exenta de cierta ironía, tal y como la expresión "I look forward" —empleada en la segunda cita— puede dar a entender. Por otro lado, el interés del profesor Føllesdal por el mentalismo es consecuencia de su simpatía por la fenomenología, más que por los últimos desarrollos en psicología o en ciencia cognitiva. No obstante, Quine hace afirmaciones taxativas que permiten atribuirle mayor flexibilidad en el terreno de la psicología que en el de la semántica (cf. el pasaje de "Indeterminacy of Translation Again" citado en el texto antes de la llamada 23). De cualquier modo, creo que pueden seguir sosteniéndose las dos ideas básicas del artículo en lo que a este punto refiere. La primera es que la distinción entre conductismo psicológico y conductismo semántico puede servir para esclarecer (i) el uso quineano del término 'conductismo' y (ii) el diferente trato que Quine da a la psicología y a la semántica, lo cual es perfectamente consecuente con su distinción entre subdeterminación (*underdetermination*) de la ciencia e indeterminación (*indeterminacy*) de la traducción. La segunda es que el "relleno" del naturalismo *à la* Quine no ha de consistir necesariamente en una psicología conductista en sentido estricto.



término, en aceptar con todas las consecuencias la idea de que la ontología siempre está subdeterminada observacionalmente y que, por consiguiente, los criterios para *postular* entidades no pueden ser únicamente observacionales:

The important thing about introducing the term is that it should help in systematizing and simplifying a theory whose test points lie in observation. There is a premium on being able to define a term on the basis of observables, but we can seldom limit ourselves to that in a serious scientific construction.<sup>20</sup>

Al introducir un término teórico lo que cuenta no es únicamente la cercanía a la observación porque la definición en base a observables es prácticamente imposible; lo que cuenta en último término es que la teoría, tomada globalmente, tenga consecuencias observacionales, por enrevsadas que sean las conexiones entre el interior y la periferia. Esto, a fin de cuentas, no es más que una consecuencia del holismo: la imposibilidad de aislar el contenido empírico que corresponde a cada término teórico.

En definitiva, Quine reconoce que a menudo es imposible dar criterios observacionales necesarios o suficientes para el uso correcto de un término teórico y la psicología, como cualquier otra ciencia, está legitimada para introducir términos que no poseen criterios de aplicación estrictamente observacionales. El propio Quine reconoce que no pudo definir observacionalmente una noción tan básica en el modelo conductista desarrollado en *The Roots of Reference* como "la semejanza perceptual".<sup>21</sup> Con ello Quine parece admitir que no hay una diferencia cualitativa entre las explicaciones mentalistas y las conductistas puesto que en ambos casos es imposible llegar a definiciones explícitas en términos observacionales. Desde luego, Quine puede seguir definiéndose como conductista en un sentido amplio, entendiendo el conductismo como empirismo "externalizado", tal y como lo definió en "Linguistics and Philosophy".<sup>22</sup> Y esto no parece incompatible con los enfoques cognitivos,

---

<sup>20</sup> W. V. Quine, "Comment on Katz", en *Perspectives on Quine* (ref. 18), p. 198.

<sup>21</sup> "In *The Roots of Reference*, where I based various constructions on the notion of perceptual similarity, I pointed out that I see no way of defining it. I narrowed it down, providing observable criteria for and against but not necessary and sufficient." Ibid., p. 198.

<sup>22</sup> V. supra, nota 13.



so pena de tener que admitir la ausencia total de control empírico sobre las investigaciones de los "cognitivistas"; todo consiste en entender el conductismo como una prudente advertencia metodológica, como una presión para buscar criterios observacionales desechando su componente antimentalista.

Pero antes ya argumenté que esta acepción de conductismo es poco interesante y que el asunto es más complejo. Aunque Quine ha flexibilizado su posición, no es que haya pasado del acusado antimentalismo de *Word and Object* o de *The Roots of Reference* a una aceptación sin reservas de la ontología mentalista, de hecho, en lo que respecta al lenguaje la posición de Quine no ha variado ni un ápice. Si reparamos en la réplica a Føllesdal que aducí anteriormente, en la cual Quine se declaraba expectante respecto a la elaboración de una teoría de estados mentales, hay un detalle que no puede pasarse por alto. Nótese que Quine dice no poner pegas a una teoría de estados mentales, "*dissociated from language*" pero guarda silencio sobre la posibilidad de elaborar una teoría del lenguaje mentalista. Sin embargo, en "Indeterminacy of Translation Again" no puede ser más explícito: "In psychology one may or may not be a behaviorist, but in linguistics one has no choice."<sup>23</sup> O sea, Quine ve posible el abandono del conductismo y la apertura a una psicología mentalista, pero considera que en lingüística el conductismo es un supuesto innegociable y no aceptaría un compromiso con el mentalismo con el objeto de aclarar *el significado* del lenguaje; por ello el mentalismo rechazable es el que surge de la convicción de que, para dar cuenta del lenguaje, es necesario postular una dimensión supraempírica constituida por significados.

Estas observaciones obligan a matizar más el conductismo quineano. Aunque Quine no emplea tales expresiones creo que lo que intenta establecer es una distinción entre un "conductismo psicológico" y un "conductismo semántico". El conductismo psicológico hace referencia a una corriente psicológica mientras que el conductismo semántico es la tesis de que el significado lingüístico "is a function of observable behavior in observable circumstances".<sup>24</sup> Quine parte de una concepción del fenómeno lingüístico eminentemente social: "Language is a social art which we all acquire on the evidence solely of other's people overt

---

<sup>23</sup> W. V. Quine, "Indeterminacy of Translation Again", *The Journal of Philosophy*, 84: pp. 5-10 (1987).

<sup>24</sup> W. V. Quine, "Comment on Føllesdal" (ref. 18), p. 110.



behaviour under publicly recognizable circumstances".<sup>25</sup> En la práctica cotidiana el único modo de acceso al significado de las expresiones empleadas por otro hablante es observando su conducta (pensemos en el niño que comienza a aprender un lenguaje). Y de aquí Quine deriva dos consecuencias cruciales respecto al conductismo semántico. Por un lado, el significado no es más que conducta, puesto que la conducta es la única evidencia con que se cuenta para construir una teoría semántica; por otro, la evidencia es pública, está al alcance de cualquier hablante cuya dotación sensorial no esté dañada, y consiste, como digo, en la conducta observable.

En principio no hay ningún inconveniente para que la explicación en psicología sea mentalista, Quine piensa que habrá que esperar próximos resultados. Desde luego, el conductismo en un sentido amplio, esto es, entendido como una aplicación local del empirismo a la psicología, sigue jugando un papel importante para prevenir la postulación indiscriminada de entidades mentales superfluas, pero cuando se trata de elaborar una teoría del significado, la observación de la conducta de los demás es lo único que cuenta. Para Quine la peculiaridad de la semántica estriba en que el lenguaje es interacción social, o lo que es lo mismo para él, interacción conductual, y las explicaciones específicamente lingüísticas hay que buscarlas en este terreno. Entrar en la caja negra está plenamente justificado en la explicación psicológica pero con ello no se aborda el lenguaje, sino fenómenos psicológicos independientes de la circunstancias que rodean a los fenómenos lingüísticos. En suma, una teoría psicológica mentalista puede describir nuestra "vida psicológica" pero no nuestra "vida lingüística", porque nuestra vida lingüística es pública, es decir, está constituida por fragmentos conductuales incardinados en unas circunstancias intersubjetivas.

Por tanto, el conductismo semántico es incompatible con la existencia de entidades mentales determinables que subyacen al comportamiento verbal de los hablantes, ya que la equiparación entre significado y conducta acaba con el "mito del museo", con la convicción de que los significados son algo *determinado* más allá de las disposiciones a la conducta observable. Pero nótese que el conductismo semántico no cierra las puertas a lo mental, lo que el conductismo semántico cuestiona es una concepción "lingüística" de lo mental según la cual los estados mentales

---

<sup>25</sup> W. V. Quine, *Ontological Relativity and Other Essays* (New York: Columbia, 1969), p. 26.



son identificados por su contenido lingüístico. El conductismo semántico lleva a la indeterminación intensional o, según una expresión más usual, a la “indeterminación de la traducción”, porque el comportamiento exteriorizado por el hablante puede ser el mismo independientemente de que le atribuyamos unas u otras creencias. De lo que Quine infiere que los significados —conceptos, proposiciones, etc.— son indeterminables y que, propiamente hablando, no tienen existencia real. Y lo mismo ocurre con el complejo de estados mentales en el que se supone que se “encarnan” los significados: son un lastre ontológico del que hay que desembarazarse. En cambio, si los estados mentales no son introducidos *via significationum*, no hay inconveniente para desarrollar una teoría de la mente que goce de un grado de autonomía elevado respecto a la teoría del lenguaje.

Sin embargo, ¿acaso los estados mentales no poseen un contenido lingüístico? Tendemos a pensar que los pensamientos, creencias, deseos, etc. son las contrapartidas mentales de entidades lingüísticas y resulta difícil imaginar cualquier proceso cognitivo medianamente complejo sin contar con la intervención del lenguaje. Parece, pues, que el lenguaje posee un tipo de realidad mental en la medida en que constituye el “contenido” de los estados mentales; de hecho, es como si fuera una parte indisociable de nuestra vida mental, pues ¿qué sería un estado mental sin contenido? Evidentemente, si los estados mentales tienen una naturaleza intrínsecamente lingüística, aceptar el mentalismo en psicología y rechazarlo en lingüística resulta bastante desconcertante. Dicho de otro modo, si Quine quiere seguir defendiendo el conductismo semántico no tiene más remedio que apelar a criterios de identificación de los estados mentales que no sean lingüísticos. Y, en efecto, aunque resulta un tanto contraintuitivo, no tenemos por qué entender los estados mentales como si fueran átomos proposicionales. La imagen de una infinidad de átomos mentales rotulados cada uno de ellos con su etiqueta lingüística sería sustituida desde una concepción holista y no lingüística de la mente.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Dagfinn Føllesdal apunta esta idea que me parece interesante para conciliar el mentalismo en psicología y el conductismo en semántica (v. su artículo mencionado en la nota 18). Desde luego, desarrollar una concepción holista y no lingüística de los estados mentales es una tarea que excede los límites de este trabajo y mis conocimientos sobre el tema.



Ya se ha visto que Quine rechaza el conductismo psicológico clásico, al modo de Skinner. Sin embargo, pese a que en psicología el conductismo no es la única opción, lo cual supone una flexibilización de la actitud quineana en consecuencia con el giro naturalista en epistemología, en lingüística no hay más alternativa que el conductismo semántico. He argumentado que el conductismo semántico no es incompatible con una psicología mentalista, la cuestión ahora es si el conductismo semántico es compatible con la naturalización.

Como he señalado anteriormente, lo que define la naturalización quineana de la epistemología es el rechazo de una disciplina supracientífica encargada de elaborar normas epistémicas, criterios de cientificidad, etc. a los que debe someterse el trabajo de la comunidad científica. Frente a esta imagen que contrapone dos tareas cualitativamente distintas, un conocimiento científico apoyado en una teoría del conocimiento desarrollada independientemente por el gremio filosófico, Quine reclama una concepción gradualista en la que la explicación y la justificación del conocimiento se nutren de ese mismo conocimiento. Esta es la idea troncal del giro naturalista, de la que Quine deriva múltiples ramificaciones. Pero no voy a entretenerme en ellas, me centraré solamente en un aspecto especialmente relevante a mi juicio para explicar la raíz del conductismo semántico.

El motivo que subyace al giro naturalista quineano es la consecución de una concepción unificada de la realidad. La influencia del neopositivismo lógico es especialmente patente en este punto, ya que Quine toma como modelo cognoscitivo a la ciencia natural, y dentro de ella, a la física. A partir de una justificación pragmática de la ciencia basándose en su efectividad predictiva, Quine afirma su superioridad epistemológica frente al conocimiento no científico (donde se incluirían la magia, los mitos, e incluso gran parte de la filosofía). ¿Qué hacer entonces con las denominadas ciencias humanas o sociales? Para empezar, que yo sepa en ninguno de sus escritos cuestiona Quine el interés que tienen dichas disciplinas, y tampoco creo que de la veta fisicalista que subyace a sus planteamientos ontológicos se derive la conveniencia de cerrar todos los departamentos universitarios exceptuando los de física y los de ciencias exactas.

Ahora bien, lo que sí es importante para Quine es que la resultante de combinar los distintos enfoques aportados por cada una de las disciplinas



conduzca a una visión integrada de la realidad. En este sentido, y de acuerdo con el estatuto epistemológico privilegiado concedido a las ciencias naturales, son las ciencias humanas las que han de adaptarse a las naturales, y no al revés. Esto quiere decir que ante una contradicción interdisciplinar a nivel de contenidos o a nivel de método se debe terciar en favor de las ciencias naturales. Así, lo más aconsejable es que las hipótesis sugeridas en las ciencias humanas no contradigan los conocimientos aportados por las ciencias naturales y que los métodos y estrategias de investigación de las primeras sean extendidos a las segundas. Como he dicho antes, según Quine la justificación de este proceder es, en último término, pragmática. Para él las ciencias naturales han demostrado sobradamente su efectividad, contra lo que ocurre en la filosofía y, en menor grado, en las ciencias humanas. Desde esta perspectiva, el conductismo semántico quineano es un intento de abordar el lenguaje de acuerdo con la estrategia empirista, que en gran medida ha configurado la evolución de la ciencia.<sup>27</sup>

Salvando las distancias, Quine somete la noción de significado a una crítica empirista al estilo humeano, y lo único que salva es un pálido reflejo (el "significado estimulativo") que no tiene mucho que ver con lo que intuitivamente pensamos que son los significados. Por otro lado, Quine se resiste a admitir que el significado es algo distinto a la conducta observable porque le interesa el fenómeno lingüístico en vivo, como una actividad eminentemente social que implica condiciones intersubjetivamente accesibles; por eso, los significados "no están en la cabeza". De acuerdo con esto, para que dos hablantes se entiendan basta con un acuerdo en la superficie, es decir, basta con que reaccionen de un modo similar ante circunstancias parecidas, pero no es necesario en absoluto que ambos capten la misma entidad mental o que sus configuraciones neuronales sean las mismas. Así pues, el conductismo semántico es resultado del empirismo y del carácter social del lenguaje.

En suma, la hipótesis de la "caja negra" sigue siendo un supuesto irrevisable en el sistema quineano en lo que a la semántica se refiere. Quine cree que el cuestionamiento de dicha hipótesis supondría una vuelta del "mito del museo" y un alejamiento del criterio de cientificidad

---

<sup>27</sup> Para Quine los dos principios del empirismo son: (i) "whatever evidence there is for science is sensory evidence" y (ii) "all inculcation of meanings of words must rest ultimately on sensory evidence." *Ontological Relativity and Other Essays*, p. 75. De este modo el empirismo queda caracterizado a un doble nivel: epistemológico y semántico.



derivado de las ciencias duras. No obstante, el recorrido efectuado en estas páginas plantea dos interrogantes decisivos con los que concluiré el artículo. El primero es hasta qué punto la jugada quineana de aceptar el mentalismo en psicología y rechazarlo en lingüística es una postura científicamente viable o si, por contra, se trata más bien de una estrategia defensiva de atrincheramiento, cuyo objetivo prioritario es defender la indeterminación de la traducción. La otra cuestión es cómo puede Quine justificar su criterio de científicidad, basado en la eficacia predictiva, desde la propia ciencia, tal como mandan los cánones de la naturalización.<sup>28</sup> Por ello pienso que lo más interesante sería reconducir la polémica sobre el conductismo quineano a estas dos cuestiones: (i) la coherencia entre mentalismo psicológico y conductismo semántico y (ii) el criterio de científicidad supuesto en el proyecto "naturalizador" quineano. En cualquier caso, ahondar en ellas rebasaría con mucho los límites de este artículo.

*Universidad de Valencia (España)*

---

<sup>28</sup> Quine tiene una respuesta para esta última cuestión: desde sus remotos inicios, la ciencia no ha sido más que un conjunto de conexiones sistemáticas entre los fenómenos con el fin de prever acontecimientos futuros con la máxima exactitud. Esto es suficiente justificación para Quine, v. *The Web of Belief* (New York: Random House, 1978) pp. 3 y ss., "Reply to Morton White" [en *The Philosophy of W. V. Quine*, H. Hahn y P. Schilpp, eds., (La Salle, IL.: Open Court, 1986)] y *Pursuit of Truth*, (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1990), secc. 8. Podríamos replicarle que derivar lo que la ciencia ha de ser a partir de lo que ha sido es una inferencia más que discutible. De cualquier modo, creo que hay argumentos a favor de tal inferencia, por lo que yo no objetaría la inferencia sino la caracterización quineana de la ciencia: considero que un instrumentalismo tan radical es insostenible.